



Los dos tordos



Batiendo las alas con alegría, el tordo abuelo le dijo a su nieto:

-¡Hoy es el gran día! Te voy a llevar a un lugar especial donde podremos comer algo exquisito.

-¿Qué es, abue, qué es? -preguntó ansioso el tordito.

-Ahhh, ya lo verás...

El abuelo remontó vuelo, seguido de cerca por su nieto, pronunciando su frase favorita:

¡QUE ME ACOMPAÑEN
LOS AVENTUREROS!



Los dos tordos volaron hasta una chacra que tenía un frondoso parral.

-¡Aquí está la maravilla! ¿Ves? Esas son las uvas... -le explicó el abuelo.

-¿Esas cositas redondas? -preguntó el nieto, desilusionado.

-¡Cuanto más pequeñas, más dulces! Y son tan tiernas... ¡Vamos a picotearlas!

-¡Ay, abue, eso no es nada! Yo conozco algo muchísimo mejor para comer...

-¿Algo mejor que las uvas? ¡No lo puedo creer!

-Ahhh, ya lo verás... ¡Que me acompañen los aventureros! -gritó el nieto, imitando a su abuelo.

Los tordos remontaron vuelo hacia otra chacra, que tenía una huerta. Se pararon los dos en el alambrado, observando las plantas. Pero por más que se esforzaba, el abuelo no lograba ver nada comestible que le llamara la atención.

-¿Y? ¿Qué tal? -le preguntó el nieto, con aire sobrador.

-¿Qué tal qué? -respondió el abuelo, confundido.

-¡Pero, abue, si está delante de tus ojos! Es lo más impresionante que se haya visto; la cosa más grande que jamás haya comido un pájaro. ¡Allá está!

Y el tordito le señaló con el ala... una enorme calabaza.

El abuelo, que sabía muy bien que jamás iban a poder picotear esa dura cáscara, pensó: "¡Qué nieto tan zapallo tengo!". Pero no le dijo nada.

